continuaba su tic tac fastidioso, busqué á tientas en el cuarto un garrote de que con anticipa ción premeditada me había provistopara tener arma, y abriendo silenciosamente la puerta, me puse en el patio.

El mozo dormía en el corredor, y fué menester el mayor cuidado para no dar lugar que despertara. Vencida esta dificultad, la evasión era sin duda más fácil que la de un *voluntario* desertor del ejército, con lo cual todo queda dicho. La fuga quedaba reducida á apoyar un madero en la muy baja pared del traspatio, romper media docena de tejas al ponerme sobre ella á horcajadas, y dar un salto á la calle opuesta á la plaza.

Todo estó se realizó sin más percance que cierta alarma en el gallinero, de donde partieron mil cacareos malhumorados, por la interrupción del sueño tranquilo que sus alados habitantes disfrutaban.

Una vez en la calle, miré al cielo, bendije aquella honrada casa que abandonaba como criminal, me persigné devotamente y...

Me quedé perplejo al llegar á este punto; pues hasta entonces me ocurrió preguntarme:

—¿A donde voy?

XV

Un encuentro.

No vacilé mucho tiempo, pues muy á poco me contesté:

—A cualquiera casa del barrio del Arroyo.

Y eché por la calle adelante, procurando ver en la oscuridad de la noche, para evitar una sorpresa.

Por fortuna, no tuve la locura de ir en busca de Remedios, seguro de que Soria y Cañas tendrían la casa escoltada y las entradas de la calle bajo la más cuidadosa vigilancia.

Anduve con lentitud calculada para evitar

el ruido de un tropezón en piso tan irregular y tan ocasionado á golpes, no obstante que me sentía presa de la impaciencia del temor. Gracias á que Coderas no contaba con gran número de tropa, no podía poner muchos retienes en el interior del pueblo, pues habría tenido necesidad de dispersar en ello su fuerza, inutilizándola para un caso de asalto. La precaución consistía por esto en piquetes avanzados sobre los caminos, aunque la circulación interior quedaba bastante libre. Algunos oficiales recorrían á caballo el pueblo, dormitando al paso lento de las cabalgaduras.

Apoyado en mi bastón, con un frío que me calaba los huesos, y pudiendo apenas soportar en la cabeza el sombrero que aun conservaba las negruzcas manchas de mi sangre, caminaba yo excusando obstáculos, deteniéndome para dejar paso al oficial de á caballo oido de léjos, separándome con cautela del lugar en que los perros me gruñían y que con sus ladridos podían venderme.

Al fin me ví en pleno barrio del Arroyo y me atreví á caminar con menos temores. Me detuve un momento para elegir la casa á cuya puerta llamaría, y después de corta vacilación, opté por la de Pedro Martín. Continué mi camino, doblé á la izquierda, y cuando me faltaban obra de cincuenta varas para llegar, me asaltó un justo temor: puesto que según sabía yo, la casa de D. Mateo estaba convertida en cuartel y la mía en hospital, ¿que habría hecho Coderas de la del indio que movía á todo el barrio, y que tanto era notado de valiente y astuto? Pensé entonces que la casa de Pedro no podía por sus pobres condiciones emplearse como las otras, y me dije: "ó la han incendiado ó la mujer de Pedro ha sido respetada para no irritar á los pocos del Arroyo que quedan en S. Martín."

Me acerqué: la casa estaba como siempre; avancé hasta la puerta, y casi la tocaba, cuando un bulto, surgiendo delante de mí, se me arrojó encima. Más que ví, presentí el ataque; desvié ágilmente el cuerpo y asesté un garrotazo que produjo un sonido seco y arrancó un quejido ahogado á la víctima; pero el palo saltó de mi mano y se perdió en el negro suelo de la calle. El ofendido oyó caer el palo, y mientras enderezaba el dolorido cuerpo me dijo á media voz llena de ira:

—¡Cuidao, amigo; ora voy yo!

Desarmado, y dándome por muerto, oí aquella voz como bajada del cielo.

—¡Tío Lucas! me apresuré á gritar.

—¡Aguárdese!

—¡Soy yo, soy Don Juanito!

—¿Don Juanito? preguntó el viejo, acercándose machete en mano y con desconfianza. ¡Qué palo me ha dao tan bueno!

—Vd. tuvo la culpa, hombre.

—¡Huy! murmuró el viejo apretándose las costillas.

—No hay que perder tiempo, le dije; vamos al caso, ¿qué hace vd. aquí? ¿Dónde está D. Mateo? ¿Y Pepa?

—Entremos aquí y yo le contaré; porque hace un ratito por poco me agarra un piquete que salió al camino.

Tocó el tio Lucas la puerta con los nudillos, y una voz chillona y que parecía acostumbrada á la altivez nos gritó.

—¡Quién!

—Yo, Minga; ábreme, que aquí está D. Juanito, contestó el tío.

Y á poco se abrió la puerta, y entramos en una pieza caliente en que dormían cuatro muchachos de menos de diez años y una mujer de edad avanzada, madre de Minga, amén de ésta que nos hacía los honores de la casa.

—Hija, dijo el compadre de D. Mateo; dame un trago de aguardiente, porque he andao mucho, y aquí D. Juanito me reventó el lomo de un palo. También él tiene frio y necesita algo caliente.

Y entre trago y trago de una botella que Minga colocó sobre la poco limpia mesa, charló el viejo una media hora, á la luz de un candil de manteca de menguada y movible llama.

En San Bonifacio quedó muerto uno de los acompañantes del tío Lucas, y cuando yo huí con Remedios, sostuvieron ellos la puerta algunos momentos, mientras yo me alejaba. No pudiendo resistir más, abandonaron la defensa, y atravesando á todo correr el patio, salieron por la puerta del campo; oyeron la descarga que hirió á Remedios y echaron por los jacales del rumbo opuesto, ganando el bosque. Pepa allá se quedó, y como fué la única persona que encontraron, sufrió, por todas las demás, veinticinco azotes y veinticinco mil atropellos. Vieron después el

incendio de la casa, y cuando se persuadieron de que los asaltantes se habían retirado, que fué á la mañana siguiente, volvieron á la hacienda en busca de la pobre Pepa á quien recogieron y cuidaron.

Luego el viejo, con una satisfacción brutal, me refirió los pormenores de la revancha decretada por D. Mateo en su campamento de San Bonifacio. El mismo tío Lucas con diez hombres á sus órdenes, fué al Roblar y quemó la casa, el trapiche y el cañaveral, aplicando cincuenta azotes á dos criadas que encontró, pues la mujer de Soria se puso oportunamente en cobro, con cuanto pudo salvar del saqueo.

Con pena declaro que esta conducta salvaje, y estos actos de ferocidad infame, me iban pareciendo menos horribles cada día. La bola me estaba haciendo el peor mal de que es capaz: disminuir la integridad y energía de mi juicio moral.

Concluyó el viejo explicándome la situación. ¡Ah! Ese maldito de Perfecto tenía la culpa de la derrota. El tío Lucas se lamentaba de no haber estado en la acción y de que yo no hubiera matado á Perfecto, quien

estaba todavía algo tonto á consecuencia del golpe que yo le descargara. ¡Cuánto celebré la noticia de que estaba vivo!

D. Mateo tenía seiscientos hombres en San Bonifacio, y el General Baraja le había mandado cincuenta fusiles, que aunque algo inútiles, al fin eran fusiles y tenían bayonetas

—Mañana tomamos el pueblo, agregó el viejo, como si se tratara de tomar un real de aguardiente.

—¡Mañana! exclamé yo con verdadera animación.

—No le quepa duda. Yo vengo á dos cosas: una, ver cómo están las trincheras que han puesto aquí, y mandárselo decir á mi señor compadre; otra, reunir veinte ó treinta hombres, pa armarlos aquí adentro, pa cuando mi señor compadre se meta en el pueblo. Este es el plan de mi señor compadre, que ya sabe, D. Juanito, que es un soldao muy prático y muy inteligente.

—Sí, sí; dije con creciente interés. Yo también me quedo. ¿A qué hora entrarán?

—Pos á la hora que puedan. Tal vez ora en la noche avancen algo, porque San Bonifacio está lejos. Luego saldremos pa bus

car á los *muchachos*; mientras, que nos diga Minga dónde están las trincheras.

¡Qué trincheras ni qué niño muerto! En San Martín no se pensaba en tal cosa. El Jefe político, envalentonado con su victoria no trataba de encerrarse, sino de salir al encuentro de D. Mateo, á quien por mofa llamaba *el Señor Coronel*, y darle una zurra buena, porque no servía ni para limpiar su caballo, según su expresión favorita.

Salimos de la casa de Pedro el tío Lucas y yo, y escurriéndonos aquí y agazapándonos allá, recorrimos todo el barrio del Arroyo, buscando á los *muchachos*, de los cuales comprometimos hasta una veintena, bajo el concepto de que al oirse al siguiente día los primeros tiros, se reunirían á nosotros, con sus armas, en la casa del famoso Pedro Martín.

El blanco fulgor de la aurora comenzaba á esparcirse por el horizonte cuando volvimos á la casa de Minga. El viejo se tendió en el suelo, después de agotar el contenido de la botella; y un minuto después, roncaba ruidosamente. Yo, rehusé la cama que Minga me ofreció, bajando al suelo á sus hijos, y me asomé al patio interior, que cir-

cuía un corral de árboles verdes y frondosos.

La lluvia había cesado cuando la aurora inundó con su alegre luz los campos de San Martín, y de las ramas de los árboles escurría gota á gota el agua recogida en las hojas. Mil gorjeos salían de los nidos colgados en la cerca; las gallinas vagaban por el patio con sus grupos de redondos polluelos, escarbando la tierra para darles alimento, y á lo lejos se oía el mugido de los bueyes que salían al trabajo. Mi imaginación vagó un momento por mundos ideales compuestos de gentes que no peleaban nunca, y no sé hasta donde llegara, si Minga, que salió á echar maiz á las gallinas, no me hubiera dicho:

—No se asome mucho; porque lo pueden ver.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO